

—Está bien, papá.

La joven no tardó en presentarse, después de haber tranquilizado á su madre.

—Hija mía, le dijo Grandet, va usted á decirme dónde está su tesoro.

—Padre mío, si me ha de hacer usted regalos de los cuales no puedo disponer, ya puede guardárselos, respondió friamente Eugenia cogiendo el napoleón de la chimenea y entregándoselo.

Grandet se apresuró á coger la moneda y se la metió en el bolsillo.

—Ten la seguridad de que nunca te daré nada, ¡ni esto! dijo haciendo sonar la uña de su pulgar contra los incisivos. ¿De modo que desprecia usted á su padre, que no tiene usted confianza en él? ¿Sabe usted lo que es un padre? O lo es todo para usted ó no es nada. ¿Dónde está el oro?

—Papá, yo le amo y respeto, á pesar de su cólera; pero le advierto humildemente que tengo veintidós años, y usted me ha repetido muchas veces que soy mayor de edad para que yo lo sepa. He hecho de mi dinero lo que he querido, y tenga usted la seguridad de que está bien colocado.

—¿En dónde?

—Es un secreto inviolable. ¿No tiene usted también sus secretos?

—¿No soy el jefe de la familia? ¿No puedo tener mis negocios?

—Pues yo también tengo el mío.

—Pero debe ser muy malo cuando no quiere usted decírselo á su padre, señorita Grandet.

—Es excelente, pero no puedo decírselo á mi padre.

—Dígame usted, al menos, cuándo ha dado su oro.

Eugenia hizo con la cabeza un signo negativo.

—¿Lo tenía usted el día de su cumpleaños?

Eugenia, que se había vuelto tan astuta por amor como su padre por avaricia, repitió el mismo signo negativo con la cabeza.

—¡Habrás visto jamás semejante terquedad y semejante robo! dijo Grandet con voz que fué *crescendo* y que hizo retumbar la casa. ¡Cómo! aquí, en mi propia casa, en mi casa, ¿habrá quien haya cogido tu oro, el único que había en ella, y no he de saber yo quién es? El oro es una cosa muy cara. Las muchachas más honradas pueden cometer faltas, dar cualquier cosa: eso se ve lo mismo en las casas de los grandes señores que en la de los pobres; pero ¡dar oro! porque usted lo ha dado á alguno, ¿eh?

Eugenia permaneció impasible.

—¡Habrás visto muchacha semejante! ¿Soy ó no tu padre? Si lo ha colocado usted en algún sitio, tendrá un recibo.

—¿Era yo libre ó no de hacer de él lo que me diese la gana? ¿Era mío ó no?

—Tú eres una chiquilla.

—Sí, pero mayor de edad.

Aturdido por la lógica de su hija, Grandet palideció, pataleó y juró, acabando por decir:

—¡Maldita serpiente de hija! ¡Ah, mala hierba! como sabes que te quiero, abusas de mí y atrantas á tu padre. ¡Voto á...! ¡Habrás dado

nuestra fortuna á ese pelagatos con botas de marroquí! ¡Por vida de...! ¡no puedo desheredarte! ¡Mil rayos! ¡pero te maldigo á ti, á tu primo y á tus hijos! Nunca tendrás suerte, nunca, ¿oyes? Si fuese á Carlos á quien... Pero no, no es posible; ¿sería capaz aquel petimetre de desvalijarme de ese modo?...

El avaro miró á su hija, que permanecía muda y fría.

—¡Ca! ¡no pestañeará, no dirá una palabra, es más Grandet que yo mismo! Pero supongo que no habrás dado tu oro por nada. Vamos á ver, dime.

Eugenia miró á su padre dirigiéndole una mirada irónica que le ofendió.

—Eugenia, está usted en mi casa, en casa de su padre, y, para permanecer en ella, debe usted someterse á mis órdenes. Los sacerdotes le ordenan á usted que me obedezca.

Eugenia bajó la cabeza.

—Me ofende usted en lo más íntimo, y no quiero verla más en mi presencia á no ser sumisa. Váyase á su cuarto y permanezca allí hasta que yo le mande salir. Nanón le llevará pan y agua. ¿Ha oído usted? ¡arriba!

Eugenia rompió en amargo llanto y se fué al lado de su madre. Grandet, después de haber dado algunas vueltas por el jardín, que estaba lleno de nieve, sin sentir frío, sospechó que su hija debía estar en el cuarto de su mujer, y, satisfecho de poderla coger en desobediencia, subió las escaleras con la agilidad de un gato y apareció en el cuarto de la señora Grandet en el momento en que ésta acariciaba los cabellos de

Eugenia, cuyo rostro estaba bañado en lágrimas.

—Consuélate, hijita mía, que ya se aplacará tu padre.

—¡Esa muchacha ya no tiene padre! dijo el tonelero. Señora Grandet, ¿hemos sido en realidad usted y yo los que hemos criado una hija desobediente como esta? ¡Bonita educación, y, sobre todo, religiosa! ¡Cómo! ¿no está usted en su cuarto? Vamos, señorita, al encierro, al encierro.

—¡Cómo! ¿quiere usted privarme de mi hija? dijo la señora Grandet mostrando su rostro enardecido por la fiebre.

—Si quiere usted conservarla á su lado, llévesela; pero lárguense las dos de mi casa. ¡Por vida de...! ¿dónde está el oro? ¿qué ha sido del oro?

Eugenia se levantó, dirigió una mirada orgullosa á su padre y se fué á su cuarto, que Grandet se apresuró á cerrar con llave.

—¡Nanón! gritó el avaro, apaga el fuego de la sala.

Y fué á sentarse en un sofá situado en el rincón de la chimenea del cuarto de su mujer, diciéndole:

—¡Sin duda se lo ha dado á ese miserable seductor de Carlos, que no quería más que nuestro dinero!

En medio del peligro que amenazaba á su hija y á pesar del cariño que la profesaba, la señora Grandet tuvo valor bastante para permanecer indiferente, sorda y muda en apariencia.

—Yo no sabía una palabra de todo eso, dijo

la pobre mujer volviéndose del otro lado para no sufrir las terribles miradas de su marido. Sufrió tanto viéndoos reñir, que presiento que no saldré de este cuarto, á no ser con los pies para adelante. Debía usted haberme ahorrado este disgusto, á mí, que creo que no le he causado ninguno en su vida. Su hija le ama á usted, y yo la creo inocente como un recién nacido; así es que no le cause usted pena y revoque su sentencia. El frío es muy intenso y podría usted ser causa de que Eugenia cogiese alguna grave enfermedad.

—No quiero verla ni hablarla, y la tendré en su cuarto á pan y agua hasta que no dé una cumplida satisfacción á su padre. ¡Qué diablo! un jefe de familia debe saber dónde ha ido á parar el oro de su casa. Poseía las únicas rupias que habla sin duda en Francia, y, además, genovesas, ducados de Holanda...

—Amigo mío, Eugenia es nuestra única hija, y aunque los hubiese arrojado al río...

—¡Al río! ¡al río! gritó el avaro. Usted está loca, señora Grandet. Lo dicho está dicho, ya lo sabe usted. Si quiere tener paz en su casa, confiese á su hija y averigüe dónde ha echado el dinero. Para esas cosas, las mujeres se entienden mejor entre sí que con nosotros. Haya hecho lo que haya hecho, yo no me la comeré; ¿me tiene miedo acaso? Aunque hubiese dorado á su primo de la cabeza á los pies, como ya está en alta mar, no podemos ir tras él.

—Pues bien, amigo mío...

Excitada por la crisis nerviosa en que se encontraba, ó por la desgracia de su hija, que le hacía desarrollar toda su ternura é inteligencia,

la perspicacia de la señora Grandet le hizo ver un movimiento terrible en la lupia de su marido en el momento en que iba á revelarle el secreto. Así es que cambió de ideas, sin cambiar de tono, diciéndole:

—Pues bien, amigo mío, yo no tengo sobre ella más imperio que tú, y te aseguro que no me ha dicho nada: se parece á ti.

—¡Pardiez! ¡qué lengua más larga tienes hoy! Ta, ta, ta, ta. Me parece que estáis tomando esto á mofa y que tú te entiendes con ella, dijo el avaro mirando fijamente á su mujer.

—Grandet, si quieres matar á tu mujer, no tienes más que continuar de ese modo. Te lo digo y te lo repetiré, aunque me cueste la vida: no tienes razón con tu hija, y ella es más razonable que tú. Ese dinero le pertenecía, ha podido hacer un buen uso de él, y sólo Dios tiene derecho á conocer nuestras buenas obras. Amigo mío, te lo suplico, haz las paces con Eugenia, y así disminuirás el efecto que me ha causado tu cólera y acaso me salves la vida. ¡Mi hija, señor! ¡devuélvame á mi hija!

—Me voy. Mi casa es insoportable. La madre y la hija razonan y hablan como si... ¡Brrrr! ¡Puuuuf! ¡Mala entrada de año me has proporcionado, Eugenia! gritó. Sí, sí, llore usted, lo que ha hecho le causará remordimientos, ¿me oye? ¿De qué le sirve á usted comulgar dos veces al mes, si da el oro de su padre á escondidas á un holgazán que le devorará el corazón cuando ya no tenga qué prestarle? ¡Ya verá usted lo que vale su Carlos con sus botas de marroquí y su aire de mírame y no me toques! Ese muchacho

no tiene corazón ni alma cuando se ha atrevido á llevarse el tesoro de una pobre muchacha sin el consentimiento de sus padres.

Cuando Eugenia oyó que su padre cerraba la puerta de la calle, salió de su cuarto y se fué al lado de su madre.

—¡Cuán valerosa se ha mostrado usted por mí! dijo Eugenia á la enferma.

—Ya ves, hija, adonde nos llevan las cosas ilícitas... Me has hecho decir una mentira.

—¡Oh! yo pediré á Dios que me castigue á mí sola.

—¿Es verdad que está la señorita á pan y agua para el resto de sus días? dijo Nanón presentándose.

—¡Qué más me da á mí eso, Nanón! dijo tranquilamente Eugenia.

—¡Ah! ¿había yo de comer tranquila sabiendo que la hija de la casa comía pan seco? ¡Dios me libre! no, no.

—Nanón, no hablemos más de eso.

—No tema usted, aunque yo haya de pasar hambre, añadió Nanón.

Por la primera vez en veinticuatro años, Grandet comió solo.

—Ya está usted viudo, señor, le dijo Nanón, y la verdad que es bien desagradable estar viudo teniendo dos mujeres en casa.

—¿Quién te habla á ti, bestia? ten la lengua, ó te echo á la calle. ¿Qué tienes hirviendo en el fuego?

—Estoy cociendo la manteca.

—Enciende el fuego, que vendrá gente esta noche.

Los Cruchot, la señora de Grassins y su hijo llegaron á las ocho, y se asombraron de no ver en la sala á la señora Grandet ni á su hija.

—Mi mujer está algo indispuesta, y Eugenia está con ella, respondió el anciano viñero, cuyo rostro no expresó emoción alguna.

Después de una hora empleada en conversaciones insignificantes, la señora de Grassins, que había subido á hacer una visita á la señora Grandet, bajó, y entonces todo el mundo le preguntó:

—¿Cómo está la señora Grandet?

—No del todo bien, no. El estado de su salud parece inspirar temores. A su edad hay que cuidarla mucho, señor Grandet.

—Ya veremos eso, respondió el avaro con aire distraído.

Un momento después, los contertulios se despidieron. Cuando los Cruchot estuvieron en la calle, la señora de Grassins les dijo:

—Algo pasa en casa de los Grandet. La madre está muy mala, aunque ella no lo sospecha, y la hija tiene los ojos hinchados, como si hubiese llorado muchas horas. ¿Querrán casarla acaso contra su gusto?

Cuando Grandet se hubo acostado, Nanón descalzóse, se fué de puntillas al cuarto de Eugenia y le presentó una empanada.

—Tenga usted, señorita, le dijo la pobre muchacha. Cornoiller me ha dado una liebre, y como usted come tan poco, este pastel puede durarle ocho días, y con la helada no hay temor de que se pierda. Al menos no tendrá usted que estar á pan seco, que no tiene nada de sano.

—¡Pobre Nanón! dijo Eugenia estrechándole la mano.

—¡Está muy rico! y *él* no lo ha notado siquiera. He comprado el tocino, el laurel y la manteca con los seis francos que me ha dado, que son bien míos.

Y dicho esto, la criada se fué creyendo oír á Grandet.

Durante algunos meses, el viñero fué á ver constantemente á su mujer á horas diferentes del día sin hacer la menor alusión á su hija, sin pronunciar su nombre y sin verla. La señora Grandet no pudo abandonar su cuarto y fué empeorando de día en día; pero no por eso se dobló el tonelero, sino que siguió permaneciendo duro, áspero y frío como una roca de granito. Grandet continuó yendo y viniendo, según sus costumbres, pero no tartamudeó ya, habló menos y se mostró en sus negocios más intransigente. A veces, sufría algún error en sus cálculos, y entonces decían los cruchotistas y grassinistas:

—Algo ha pasado en casa del señor Grandet.

En las veladas nocturnas de Saumur, la pregunta: «¿Qué habrá pasado en casa de los Grandet?» corría de boca en boca.

Eugenia iba á los oficios acompañada de Nanón, y si, al salir de la iglesia, le dirigía la señora de Grassins alguna pregunta, la joven le respondía de una manera evasiva y sin satisfacer su curiosidad. Sin embargo, al cabo de dos meses fué ya imposible ocultar á los tres Cruchot y á la señora de Grassins el secreto de la reclusión de Eugenia, pues hubo un momento en que lle-

garon á faltar los pretextos para justificar su perpetua ausencia. Además, sin que se hubiese sabido cómo ni por quién, es lo cierto que el secreto se descubrió, y toda la villa supo que desde el día primero de año la señorita Eugenia estaba encerrada en su cuarto á pan y agua y sin fuego, por orden de su padre; que Nanón le hacía golosinas y se las llevaba á escondidas por la noche, y hasta se llegó á saber que la joven no podía ver ni cuidar á su madre más que durante el tiempo que su padre estaba fuera de casa. La conducta de Grandet fué entonces juzgada muy severamente. La villa entera le puso, por decirlo así, fuera de la ley, se acordó de sus traiciones y de sus durezas, y le excomulgó. Cuando pasaba por la calle, todo el mundo le señalaba con el dedo cuchicheando. Cuando Eugenia bajaba la tortuosa calle para ir á misa ó á las vísperas, acompañada de Nanón, todos los vecinos se asomaban á las ventanas para examinar con curiosidad la actitud de la rica heredera y su rostro que denotaba una melancolía y bondad angelicales. Su reclusión y la dureza de su padre no eran nada para ella. ¿No veía el mapamundi, el banco y el jardín, y no gustaba en sus labios la miel que había dejado en ellos los besos del amor? Durante algún tiempo, lo mismo la joven que el padre ignoraron las conversaciones de que eran objeto en el pueblo. Religiosa y pura ante Dios, su conciencia y su amor le ayudaban á soportar pacientemente la cólera y la venganza paternas. Pero un dolor profundo hacía enmudecer todos sus demás dolores. Su madre, bondadosa y tierna criatura que se em-

CAPÍTULO VIII

bellecía con el brillo que comunicaba á su alma su proximidad á la tumba, desmejoraba de día en día, y muchas veces Eugenia se acusaba de haber sido causa inocente de la cruel y lenta enfermedad que la devoraba. Estos remordimientos, aunque calmados por su madre, la unían más estrechamente á su amor por Carlos. Todas las mañanas, tan pronto como el avaro saltaba, la joven iba á la cabecera del lecho de su madre, y Nanón le llevaba allí el almuerzo; pero la pobre Eugenia, triste y abatida al ver los sufrimientos de su madre, señalaba á Nanón la cara de la enferma, lloraba y no se atrevía á hablar de su primo. La señora Grandet se veía obligada á ser la primera en decirle:

—¿Dónde está Carlos? ¿por qué no te escribe?

—Mamá, pensemos en él, pero no hablemos, le respondía Eugenia. Usted sufre mucho, y usted es antes que todo.

El *todo* era *él*.

—Hijos míos, decía la señora Grandet, no siento la vida. Dios me protege haciéndome esperar gozosa el fin de mis días.

Las palabras de aquella mujer eran siempre santas y cristianas. Cuando Grandet iba á pasearse por su cuarto, su mujer le repetía siempre los mismos discursos con una dulzura angelical y con la firmeza de una mujer á quien la seguridad de una muerte próxima comunicaba un valor de que había carecido toda su vida.

—Esposo mío, te doy las gracias por el interés que te tomas por mi salud, le respondía cuando Grandet le interrogaba acerca de su estado. Pero si quieres aliviarme los dolores y

hacer menos amargos mis últimos momentos, haz las paces con tu hija y muéstrate buen cristiano, buen esposo y buen padre.

Al oír estas palabras, Grandet se sentaba á los pies de la cama y obraba como hombre que, viendo venir un aguacero, procura atecharse tranquilamente, y ya en esta situación, escuchaba tranquilamente á su mujer y no respondía nada. Cuando ésta le había dirigido las súplicas más conmovedoras, más tiernas y más religiosas, Grandet le decía:

—Estás un poco palidilla hoy, esposa mía.

El olvido más completo de su hija parecía estar grabado en su blanca frente y en sus apretados labios, sin que se conmoviese lo más mínimo al ver las lágrimas que sus vagas respuestas hacían correr á lo largo del lívido rostro de su pobre mujer.

—¡Que Dios te perdone como yo te perdono! le decía la enferma; pero veo que algún día necesitarás indulgencia.

Desde que su mujer había caído enferma, el avaro no se había atrevido á servirse de su terrible: «Ta, ta, ta, ta»; pero aquel ángel de dulzura, cuya fealdad desaparecía de día en día eclipsada por la expresión de las cualidades morales que denotaban su rostro, no fué capaz de desarmar su despotismo. Aquella mujer era todo alma, y la oración parecía purificar y embellecer las groseras facciones de su cara haciéndolas resplandecer. ¿Quién no ha observado este fenómeno de transfiguración en caras santas cuyas virtudes acaban por embellecer las facciones más duras imprimiéndoles la animación propia

de la nobleza y de la pureza de los pensamientos elevados? El espectáculo de esta transformación operado por los sufrimientos que iban consumiendo á aquella santa mujer, impresionaba, aunque débilmente, al antiguo tonelero, cuyo carácter se había vuelto de hierro. Si su palabra no fué ya desdeñosa, un imperturbable silencio imperó en su conducta. Cuando su fiel Nanón iba al mercado, algunas pullas y algunas quejas contra su amo llegaron á veces á sus oídos; pero aunque la opinión pública condenase al padre Grandet, la criada lo defendía por el orgullo de la casa.

—Pues qué, ¿no vemos todos los días que la gente se vuelve dura al llegar á la vejez? decía Nanón á los detractores de su amo. ¿Por qué no le ha de pasar lo mismo á mi señor? No digan ustedes mentiras. La señorita vive como una reina, y si está sola, es por su gusto. Además, mis amos tienen razones superiores para obrar como lo hacen.

Por fin, una noche, al final de la primavera, la señora Grandet, devorada más bien por la pena que por la enfermedad, y como no hubiese logrado reconciliar á Eugenia con su padre, confió sus secretos y penas á los Cruchot.

—¡Poner á pan y agua á una muchacha de veintitrés años, y sin motivo! exclamó el presidente Bonfons. Eso está previsto en el código en el capítulo de las *torturas*, y puede protestarse y...

—Bueno, sobrino mío, dijo el notario, dejémoslos de leyes. No tenga usted cuidado, señora, mañana mismo haré yo que acabe esa reclusión.

Al oír que hablaban de ella, Eugenia salió de su cuarto, y entrando en el de su madre, dijo con altivez:

—Les ruego encarecidamente que no se ocupen de este asunto. Mi padre es muy dueño de hacer en su casa lo que quiera, y, mientras yo viva con él, estoy obligada á obedecerle. Su conducta no puede someterse á la aprobación ni á la desaprobación del mundo, y sólo Dios puede pedir cuenta de ella; así es que exijo de su amistad el más secreto silencio respecto á este punto. Vituperar á mi padre sería atacar nuestra propia estimación. Les agradezco á ustedes mucho el interés que se toman por mí; pero les estaría mucho más agradecida aún si hiciesen cesar los rumores ofensivos que corren por la villa, los cuales han llegado á mis oídos por casualidad.

—Eugenia tiene razón, dijo la señora Grandet.

—Señorita, la mejor manera de impedir que el mundo charle, es devolviéndole á usted la libertad, le respondió respetuosamente el anciano notario, impresionado al ver la belleza que el encierro, la melancolía y el amor habían comunicado á Eugenia.

—Hija mía, ya que el señor Cruchot responde del éxito, déjale que arregle este asunto. El señor conoce á tu padre y sabe cómo debe obrar. Si quieres verme feliz durante los pocos días que me quedan de vida, es preciso que tu padre y tú os reconciliéis.

Al día siguiente, Grandet, siguiendo una costumbre que había adquirido desde que ordenó la reclusión de Eugenia, fué á dar algunas vueltas

por el jardín. El avaro había escogido para dar este paseo el momento en que Eugenia se peinaba, y, cuando llegaba debajo del nogal, se escondía detrás del tronco y permanecía allí algunos instantes contemplando los largos cabellos de Eugenia y dudando entre los pensamientos que le sugería la tenacidad de su carácter y el deseo de abrazar á su hija. A veces se sentaba en el banco de madera en que Carlos y Eugenia se habían jurado un amor eterno, y entonces la joven miraba también á su padre, á hurtadillas ó en su espejo. Si el anciano se levantaba para reanudar su paseo, su hija se sentaba complacientemente á la ventana y se ponía á examinar el trozo de pared de donde pendían las flores más bonitas y de donde brotaban, entre sus grietas, campanillas, correhuelas y una planta carnosa, amarilla ó blanca, que abunda mucho en los viñedos de Saumur y de Tours. Maese Cruchot se presentó en casa del avaro muy temprano, y lo encontró sentado en el banco, con la espalda apoyada en la pared y ocupado en contemplar á su hija.

—¿Qué hay de bueno, maese Cruchot? dijo Grandet al ver al notario.

—Vengo á hablarle á usted de negocios.

—¡Ah! ¡ah! ¿Tiene usted acaso oro que cambiarme por escudos?

—No, no, no se trata de dinero, sino de su hija Eugenia; todo el mundo habla de ella y de usted.

—Y ¿qué tiene que meterse nadie en mis asuntos? Cada uno en su casa hace lo que quiere.

—Conformes; cada uno en su casa también es

dueño de matarse, ó, lo que es peor, tirar el dinero por la ventana.

—¿Cómo es eso?

—Ya verá usted, su mujer está muy enferma, amigo mío, está en peligro de muerte, y usted debía consultar al señor Bergerin, porque si llegase á morir, sin haber recibido los auxilios necesarios, me parece que no estaría usted tranquilo.

—Ta, ta, ta, ta, ¿qué sabe usted lo que tiene mi mujer? Esos médicos, una vez que ponen los pies en una casa, van cinco ó seis veces al día.

—En fin, Grandet, usted hará lo que le parezca. Somos verdaderos amigos, no hay nadie en Saumur que se tome más interés que yo por lo que á usted le concierne, y he creído que era un deber mío hacerle á usted esta advertencia. Ahora, usted es mayor de edad y hará lo que le parezca. Pero no es este el único asunto que me trae aquí: se trata de algo más grave para usted. Después de todo, su mujer le es demasiado útil para que tenga usted deseos de matarla. Piense usted, pues, en la situación en que quedaría usted con su hija, si la señora Grandet llegase á morir. Como existe comunidad de bienes entre usted y su mujer, tendría usted que rendir cuentas á Eugenia, y su hija tendría derecho á reclamar el reparto de su fortuna y á hacer que se vendiese Froidfond. En una palabra, que la hija heredaría á la madre, cuyos bienes no pueden pasar de ningún modo á las manos de usted.

Estas palabras fueron un rayo para el avaro, que no entendía tanto en legislación como en



comercio, y que no había pensado nunca en repartir su fortuna.

—Así es que le aconsejo que la trate usted con cariño, dijo Cruchot terminando.

—Pero ¿sabe usted lo que ha hecho, Cruchot?

—¿Qué? dijo el notario, ansioso de recibir una confidencia del padre Grandet y de conocer la causa de la querrela.

—Ha dado su docena.

—Pero ¿no eran suyos?

—¡Todo el mundo dice lo mismo! dijo el avaro dejando caer los brazos de un modo trágico.

—Vamos, hombre, ¿va usted á poner trabas por una miseria á las concesiones que tendrá usted que pedirle á la muerte de su madre? repuso Cruchot.

—¡Oh! ¿llama usted miseria á seis mil francos en oro?

—¡Claro que sí, amigo mío! ¿Sabe usted lo que le costaría el inventario y la partición de la herencia de su mujer, si Eugenia la exige?

—¿Qué?

—Dos, tres, ó tal vez cuatrocientos mil francos. ¿No habría que tasar y vender para conocer su verdadero valor? Mientras que si ustedes estuviesen de acuerdo...

—¡Por vida de...! exclamó el avaro palideciendo y sentándose. Ya hablaremos de eso, Cruchot.

Después de un momento de silencio ó de agonia, Grandet miró al notario, y le dijo:

—¡Qué triste es la vida! ¡Cuántos dolores encierra! Cruchot, repuso solemnemente, supongo que no me engañará usted; júreme por

su honor que lo que acaba de decir está fundado en derecho. Enséñeme usted el código; quiero verlo.

—Pero, amigo mío, ¡si conoceré yo mi profesión! respondió el notario.

—¿De modo que es verdad eso? ¡Y habré de ser despojado, traicionado, muerto y devorado por mi hija!

—El hijo hereda á la madre.

—¿Para qué sirven, pues, los hijos? ¡Ah! yo amo á mi mujer, que, por fortuna, es fuerte: es una Bertelliere.

—Pues á la pobre no le queda ni un mes de vida.

El tonelero se dió una palmada en la frente, se levantó, fué, vino, y después, dirigiéndole una espantosa mirada á Cruchot, le dijo:

—¿Qué hacer?

—Es muy sencillo: Eugenia puede renunciar pura y simplemente á la herencia de su madre. Usted no querrá desheredarla, ¿verdad? Pero para obtener de ella una concesión de ese género, no la maltrate. Lo que estoy diciéndole, amigo mío, va contra mis intereses, porque ¿qué deseo yo sino hacer liquidaciones, inventarios, ventas, particiones?...

—Ya veremos, ya veremos, no hablemos más de eso, Cruchot. Me atraviesa usted las entrañas. Ha recibido usted oro?

—No; pero tengo una decena de luises viejos, y ya se la daré. Amigo mío, haga usted las paces con Eugenia. Mire, todo Saumur le señala ya usted con el dedo.

—¡Pillastres!

—Vamos, las rentas están á noventa y nueve, muéstrese usted contento una vez en su vida.

—¿A noventa y nueve, Crucho?

—Sí.

—Vaya, vaya, á noventa y nueve, dijo el buen hombre acompañando al notario hasta la calle.

Una vez que éste se hubo marchado, como el avaro se hubiese puesto demasiado nervioso por lo que acababa de oír, subió á la habitación de su mujer, y le dijo:

—Vamos, mujer mía, puedes pasar el día con tu hija, que yo me voy á Froidfond. Sed juiciosas. Mujercita mía, hoy es el cumpleaños de nuestro casamiento; toma, aquí tienes diez escudos para tu altar del Corpus, ¡qué diablo! hace ya bastante tiempo que deseas hacer uno, regálale. Divertiros, daos buena vida. ¡Viva la alegría! añadió arrojando diez escudos sobre la cama de su mujer y cogiéndole la cabeza para besarla en la frente. Estás mejor, mujercita mía, ¿verdad?

—¿Cómo puede usted pensar en recibir en su casa al Dios que perdona, teniendo á su hija desterrada de su corazón? dijo la enferma emocionada.

—Ta, ta, ta, ta, ya veremos eso, contestó el anciano con voz cariñosa.

—¡Santo cielo! ¡Eugenia! gritó la madre con alegría, ¡ven á abrazar á tu padre, que ya te perdona!

Pero Grandet desapareció, yéndose á toda prisa hacia sus propiedades, al mismo tiempo que coordinaba sus ideas. Grandet comenzaba á

la sazón el septuagésimosexto año de su vida. De dos años á esta parte, principalmente, su avaricia había crecido como crecen á esa edad todas las pasiones persistentes del hombre. Como les ocurre á los avaros, á los ambiciosos y á todos aquellos que han consagrado su vida á una idea constante, Grandet sentía una satisfacción inmensa contemplando el símbolo de su pasión, y la vista del oro, la posesión del oro, se había convertido en él en una monomanía. Su carácter despótico había aumentado en proporción á su avaricia, y abandonar la administración de la menor parte de sus bienes á la muerte de su mujer, le parecía una cosa *contra natura*. ¿Declarar su fortuna á su hija é inventariar la universalidad de sus bienes muebles é inmuebles para tasarlos?

—¡Eso sería matarme! dijo el avaro involuntariamente en voz alta en medio de uno de sus viñedos.

Por fin, Grandet tomó su partido, volvió á Saumur á la hora de comer y resolvió someterse á Eugenia, mimándola y acariciándola, á fin de poder morir como rey, sosteniendo hasta el último suspiro las riendas de sus millones. En el momento en que el buen hombre, que por casualidad se había llevado el llavín, subía la escalera á paso de lobo para ir al cuarto de su mujer, Eugenia tenía el hermoso neceser de Carlos sobre la cama de su madre. Mientras Grandet estaba ausente, las dos mujeres se complacían en contemplar el retrato de la madre de Carlos, procurando sacarles parecido.

—Tiene su misma boca y su misma frente,

decía Eugenia en el momento en que su padre abría la puerta.

Al ver la mirada que su marido dirigió al oro, la señora Grandet gritó:

—¡Dios mío, tened piedad de nosotros!

El avaro saltó sobre el neceser como un tigre sobre un niño dormido, y llevándolo á la ventana para examinarlo á su placer, dijo:

—¿Qué es esto? ¡Oro de ley! ¡oro! exclamó, ¡mucho oro! ¡Esto pesa lo menos dos libras! ¡Ah! ¿te dió Carlos esto por tus monedas de oro? ¿Por qué no me lo has dicho? Hija mía, has hecho un buen negocio. Eres mi hija, te reconozco.

Eugenia temblaba como una hoja.

—Esto es de Carlos, ¿verdad?

—Sí, papá, eso no es mío. Ese objeto es un depósito sagrado:

—Ta, ta, ta, ta, él se ha llevado tu fortuna y hay que restablecer tu tesoro.

—¡Padre mío!...

Grandet quiso sacar su navaja para hacer saltar una placa de oro, y tuvo que dejar el neceser sobre una silla. Eugenia se abalanzó para cogerlo; pero el tonelero, que tenía fijas sus miradas en su hija y en el cofre, la rechazó tan violentamente extendiendo el brazo, que la joven fué á caer sobre el lecho de su madre.

—¡Grandet! ¡Grandet! gritó la madre irguiéndose en la cama.

El avaro había abierto la navaja y se disponía á levantar el oro.

—¡Padre mío! gritó Eugenia arrodillándose y marchando de este modo hacia su padre para levantar las manos hacia él; ¡padre mío, en nom-

bre de todos los santos y de la Virgen, en nombre de Cristo que murió en la cruz, en nombre de su salvación eterna; por mi vida, no toque usted eso! Ese neceser no es de usted ni mío; es de un pariente desgraciado que me lo confió, y á quien debo devolvérselo intacto.

—¿Por qué lo mirabas tú si es un depósito? Ver es peor que tocar.

—Papá, no lo destruya usted, ó me deshonra. ¿Oye usted, padre mío?

—¡Grandet! ¡Grandet! ¡Por favor! dijo la madre.

—¡Papá! gritó Eugenia con tal desesperación, que Nanón, asustada, subió.

Eugenia saltó sobre un cuchillo que halló á mano y se armó de él.

—¿Qué hay? le dijo Grandet sonriéndose con sangre fría.

—¡Grandet, Grandet, me estás matando! dijo la madre.

—¡Padre mío, si su navaja toca una partícula de ese oro, me atravieso el corazón con este cuchillo! Ha puesto usted ya gravemente enferma á mi madre, y acabará por matar á su hija. Ahora haga usted lo que quiera; herida por herida.

Grandet se detuvo, miró á su hija titubeando, y le dijo:

—¿Serías capaz de hacerlo, Eugenia?

—Sí, Grandet, lo haría.

—¡Lo haría como lo dice! gritó Nanón. Señor, sea usted razonable una vez en su vida.

El tonelero miró alternativamente el oro y á su hija. La señora Grandet se desmayó.

—¡Señor, el ama se muere! gritó Nanón.

—Toma, hija mía, no riñamos por un cofre. Toma, dijo el tonelero arrojando el neceser sobre la cama. Tú, Nanón, vete á buscar al señor Bergerín. Vamos, esposa mía, esto no ha sido nada, ya hemos hecho las paces, ¿verdad, hijita? dijo besando á su mujer. Ya no más á pan seco, y Eugenia comerá lo que quiera. ¡Ah! ya abre los ojos. Vamos, mamaíta; mamaíta, mira, esto no ha sido nada, mira como abrazo á Eugenia. Ella ama á su primo, se casará con él si quiere y le guardará el cofrecito; pero vive muchos años, esposa mía. Vamos, muévete. ¡Escucha! Tendrás el altar más hermoso que se haya visto nunca en Saumur.

—¡Dios mío! ¿cómo puedes tratar de ese modo á tu mujer y á tu hija? le dijo con voz débil la señora Grandet.

—Ya no lo haré más, ya no lo haré más, gritó el tonelero. Ya verás, esposa mía...

Y esto diciendo, el avaro se fué á su despacho, volvió con un puñado de luises y, arrojándolos sobre la cama, dijo:

—¡Toma, Eugenia! ¡toma, esposa mía! ¡para vosotras! Vamos, alégrate, ponte buena, y ya verás como ni tú ni Eugenia careceréis de nada. Mira, aquí hay cien luises de oro para ella. Estos no se los darás á nadie, ¿verdad, Eugenia?

La señora Grandet y su hija se miraron asombradas.

—Recójalos usted, padre mío, que nosotras no necesitamos más que su cariño.

—Está bien, está bien, vivamos como buenos amigos, dijo el avaro embolsándose los luises.

Bajemos todos á la sala para comer y para jugar á la lotería á diez céntimos. Haced lo que queráis, ¿eh, mujercita mía?

—¡Ay! bien lo quisiera, puesto que así lo quieres; pero me será imposible levantarme, dijo la moribunda.

—¡Pobre mamaíta! dijo el tonelero. ¡Si supieses cuánto te quiero! Y á ti también hijita, añadió abrazando y besando á Eugenia. ¡Ah! ¡qué bien sabe abrazar á su hija después de una disputa! Mira, mamaíta. Ahora ya no somos más que uno solo. Vete á guardar eso, dijo á Eugenia señalándole el cofre, y no temas nada, que jamás te hablaré más de él.

El señor Bergerín, que era el médico más célebre de Saumur, no tardó en llegar. Después de examinar á la enferma, el galeno declaró á Grandet que su mujer estaba muy mala, pero que una gran tranquilidad de espíritu y numerosos cuidados podían prolongar su vida hasta el fin del otoño.

—Y ¿costará eso muy caro? ¿se necesitan muchas drogas? preguntó el avaro.

—Pocas drogas, pero muchos cuidados, respondió el médico, que no pudo menos de sonreír.

—En fin, señor Bergerín, usted es un hombre de honor, ¿verdad? respondió Grandet; confío en usted y puede venir á ver á mi mujer cuantas veces lo juzgue necesario. Consérveme á mi mujer, pues la quiero mucho, aunque no lo parezca. En mi casa todo pasa dentro y me tiene desesperado. Estoy pasando muchas penas. La desgracia ha entrado en casa con la muerte de

mi hermano, porque estoy pagando en París sumas enormes... los ojos de la cara, y lo malo es que los gastos no acaban nunca. Adiós, señor. Si puede usted salvar á mi mujer, sálvela, aunque haya de gastar para ello cien ó doscientos francos.

A pesar de los fervientes votos que Grandet hacía por la salud de su mujer, cuya herencia constituía para él la primera muerte; á pesar de la complacencia que manifestaba en todo por los menores caprichos de la madre y de la hija asombradas, y á pesar de que Eugenia le prodigó los más tiernos cuidados, la señora Grandet marchaba rápidamente hacia la muerte. Cada día se debilitaba más y desmejoraba como desmejoran la mayor parte de las mujeres que enferman á esa edad. La vida de aquella mujer vacilaba como vacilan las hojas de los árboles en otoño, y los rayos del sol la hacían resplandecer como aquellas hojas que el sol atraviesa y dora. Tuvo una muerte digna de su vida, una muerte completamente cristiana. ¿No equivale esto á decir que su fin fué sublime? En el mes de octubre de 1822 brillaron particularmente sus virtudes, su paciencia de ángel y su amor maternal, y su vida se extinguió sin pronunciar la menor queja. Cordero sin tacha, la buena madre subía al cielo, y no echaba de menos al morir más que á la grata compañera de su monótona vida, á la que sus últimas miradas parecieron predecir mil males, y temblaba ante la idea de dejar aquella oveja blanca como ella en medio de un mundo egoísta que quería arrancarle sus tesoros.

—Hija mía, le dijo antes de expirar, algún

día sabrás que sólo en el cielo se encuentra la dicha.

Esta muerte fué un motivo más para que Eugenia sintiese más apego por aquella casa donde tanto había sufrido y donde su madre acababa de morir. La joven no podía contemplar la ventana y la silla en que se sentaba su madre sin derramar lágrimas; y al ver los tiernos cuidados que su padre le prodigaba, creyó haberle juzgado mal: el avaro iba á darle el brazo para bajar á almorzar, la miraba cariñosamente durante horas enteras y la incubaba como si fuese oro. El anciano tonelero se parecía tan poco á sí mismo y temblaba de tal modo ante su hija, que Nanón y los cruchotistas, al ver su debilidad, la atribuyeron á sus muchos años y temieron algún trastorno en sus facultades; pero el día en que la familia se puso el luto, y después de la comida á la que estuvo convidado el notario Cruchot, que era el único que conocía el secreto de su cliente, la conducta del avaro quedó explicada.

—Hija querida, dijo á Eugenia cuando los manteles estuvieron levantados y las puertas de la casa fueron cuidadosamente cerradas, hete ya heredera de tu madre y en la necesidad de arreglar tus asuntos, ¿verdad, Cruchot?

—Sí.

—Pero, papá, ¿es indispensable ocuparse hoy de esas cosas?

—Sí, sí, hijita, yo no podría seguir en la incertidumbre en que me encuentro. No creo que tú quieras causarme un disgusto.

—¡Oh! papá...

—Pues bien, hay que arreglar eso esta noche.

—Bueno, ¿qué he de hacer?

—Hijita, eso no es cosa mía. Dígaselo usted, Cruchot.

—Señorita, su señor padre desearía no hacer particiones, ni vender bienes, ni pagar enormes derechos por el dinero contante que pudiera poseer; y, para evitar eso, sería preciso dejar de inventariar toda la fortuna que se encuentra indivisa entre usted y su señor padre.

—Cruchot, ¿está usted seguro de eso para hablar de ese modo delante de una niña?

—Déjeme usted decir, Grandet.

—Sí, sí, amigo mío. Ni usted ni mi hija querrán despojarme de nada, ¿verdad, hijita?

—Pero, señor Cruchot, ¿qué tengo que hacer? preguntó Eugenia con impaciencia.

—Tendrá usted que firmar esta acta por la cual renuncia á la herencia de su señora madre y deja á su padre el usufructo de todos los bienes indivisos, cuya propiedad le asegura él para después de su muerte.

—No comprendo ni jota de lo que usted dice, respondió Eugenia. Deme el acta y señáleme el sitio en que debo firmar.

El padre Grandet miraba alternativamente el acta y á su hija, á su hija y el acta, experimentando tan violentas emociones, que el sudor invadió su frente, viéndose precisado á enjugárselo varias veces.

—Hijita, en lugar de firmar esta acta, que costaría mucho dinero registrar, si quisieras sencillamente renunciar á la herencia de tu pobre y difunta madre y fiarte de mí para el porvenir, yo lo preferiría. Entonces, yo te señalaría una

renta de cien francos al mes para que puedas pagar todas las misas que quieras decir por quien te dé la gana. Cien francos al mes en libras, ¡eh! ¿qué te parece?

—Haré lo que usted quiera, padre mío.

—Señorita, dijo el notario, creo un deber mío advertirle que se despoja usted de...

—¡Dios mío! ¿qué me importa á mí todo eso? respondió la joven.

—Cállate, Cruchot, está dicho, está dicho, exclamó Grandet tomando la mano de su hija y chocándola contra la suya como cuando se cierra un trato. Eugenia, tú eres una muchacha honrada y supongo que no te volverás atrás, ¿verdad?

—¡Ah! papá...

El avaro abrazó á su hija con efusión, la estrechó entre sus brazos hasta ahogarla, y le dijo:

—Hija mía, hoy devuelves la vida á tu padre; pero no haces más que devolverle lo que te ha dado: estamos en paz. Así es como deben hacerse los negocios. La vida es un negocio. Yo te bendigo: eres una muchacha virtuosa que quiere bien á su padre. Ahora, haz lo que quieras. Bueno, hasta mañana, ¿eh, Cruchot? dijo mirando al notario que estaba asombrado. Procure usted preparar para mañana la renuncia.

Al día siguiente, al mediodía, quedó firmada la declaración mediante la cual Eugenia se expoliaba á sí misma. Sin embargo, á pesar de su palabra, pasó un año y el anciano tonelero no había dado aún un céntimo á su hija de los cien francos que tan solemnemente le había prometido; así es que cuando Eugenia le habló por

bromear de su promesa, el avaro no pudo menos de ruborizarse, y, subiendo á su despacho, volvió á poco y le ofreció á su hija la tercera parte de las alhajas que había comprado á su sobrino, al mismo tiempo que le decía con acento irónico:

—Toma, hija mía, ¿quieres esto por los mil doscientos francos?

—¡Oh! papá, ¿me las da usted de veras?

—Sí, y te daré otras tantas el año próximo, dijo echándoselas en el delantal. De este modo, en poco tiempo serás dueña de todas sus chucherías, añadió frotándose las manos con satisfacción al ver que podía especular con el amor de su hija.

Aunque Grandet estaba aún robusto, no tardó en sentir la necesidad de iniciar á su hija en los secretos del hogar, y durante dos años consecutivos la obligó á llevar en su presencia la administración de la casa y á recibir las rentas, y le enseñó lenta y sucesivamente los nombres y el valor de sus propiedades y de sus quintas. Al tercer año, la había acostumbrado de tal modo á sus hábitos de avaricia, que le dejó sin temor las llaves de la despensa y la instituyó en dueña de la casa.

Cinco años pasaron sin que ningún acontecimiento alterase la monótona existencia de Eugenia y de su padre, los cuales repitieron constantemente los mismos actos con la regularidad cronométrica de su antiguo reloj. La profunda melancolía de la señorita Grandet no era un secreto para nadie; pero si todo el mundo presentía la causa, ella no pronunció nunca una palabra

que justificase las sospechas que todos los habitantes de Saumur tenían formadas acerca del estado del corazón de la rica heredera. Su única compañía se componía de los tres Cruchot y de algunos amigos más que aquéllos habían introducido insensiblemente en la casa. Los contertulios habían aprendido á jugar al *whist*, é iban todas las noches á casa de Grandet á hacer una partida. El año 1827, Grandet, sintiendo ya el peso de sus achaques, se vió obligado á iniciar á su hija en los secretos de su fortuna territorial, y le decía que, en caso de dificultades, acudiese al notario Cruchot, cuya probidad no le inspiraba dudas. Por fin, á fines de este mismo año, el avaro, que contaba ya ochenta y dos años, sufrió una parálisis que hizo en él rápidos progresos. Grandet fué desahuciado por el señor Bergerin. Eugenia, al pensar que no tardaría en quedarse sola en el mundo, aumentó su cariño hacia su padre y se adhirió más fuertemente á aquel último eslabón de su afecto. En su mente, como en la de todas las mujeres amantes, el amor era para ella el mundo entero, y Carlos no estaba allí. La joven se mostró sublime prodigando atenciones y cuidados á su anciano padre, cuyas facultades empezaban á disminuir, pero cuya avaricia se sostenía instintivamente, tanto que la muerte de aquel hombre no contrastó en nada con su vida. El avaro se hacía trasladar por la mañana al lugar situado entre la chimenea de su cuarto y la puerta de su despacho, lleno sin duda de oro; permanecía allí inmóvil, pero mirando con ansiedad á los que iban á verle y á la puerta forrada de hierro; se daba

cuenta de los menores ruidos de la casa y, con gran asombro del notario, percibía hasta el bostezo de su perro en el patio. Grandet despertaba de su aparente estupor el día y á la hora en que había que recibir alquileres y dar recibos, y entonces se agitaba en su sofá hasta que le ponían enfrente de la puerta de su despacho. Una vez allí, mandaba á su hija abrir la puerta y procuraba que colocase en secreto por sí misma los sacos de plata unos sobre otros, recomendándole luego que cerrase bien la puerta. Una vez que recibía de manos de Eugenia la preciosa llave de sus tesoros, que llevaba siempre en el bolsillo de su chaleco y que tentaba de vez en cuando, mandaba que le trasladasen á su sitio ordinario y permanecía allí silencioso. Por lo demás, su antiguo amigo el notario, comprendiendo que la rica heredera se casaría necesariamente con su sobrino el presidente, si Carlos Grandet no volvía, redobló sus cuidados y sus atenciones, yendo todos los días á ponerse á las órdenes de Grandet, visitando por orden de éste Froidfond, las tierras, los prados y las viñas, vendiéndole las cosechas y reduciéndolas á oro y á plata, que iba á reunirse secretamente á los sacos apilados en el despacho. Por fin, llegaron los días de la agonía, durante los cuales la fuerte contextura del anciano luchó con la muerte. El avaro quiso permanecer sentado en el rincón del fuego, delante de la puerta de su despacho, arrollado en los cobertores, y diciéndole frecuentemente á Nanón:

—¡Cierra, cierra ahí, para que no nos roben! Cuando podía abrir los ojos, donde se había

concentrado toda su vida, los volvía inmediatamente hacia la puerta del despacho donde estaba su tesoro, preguntándole á su hija con una especie de pánico:

—¿Están ahí? ¿están ahí?

—Sí, padre mío.

—¡Vigilarlo!... ¡Ponme oro delante!

Eugenia le colocaba algunos luses sobre la mesa, y el avaro permanecía horas enteras con los ojos fijos en el oro, como el niño que, en el momento en que empieza á ver, contempla estúpidamente el mismo objeto, y como al niño, se le escapaba á veces alguna penosa sonrisa.

—¡Esto me reanima! solía decir Grandet dejando aparecer en su rostro una expresión de beatitud.

Cuando el cura de la parroquia fué á administrarle los últimos sacramentos, los ojos del avaro, muertos aparentemente hacia ya algunas horas, se reanimaron al ver la cruz, los candeleros y la pila de plata, que miró fijamente, y su lupia se dilató por última vez. Cuando el sacerdote le aproximó á los labios el crucifijo de plata sobredorada para hacerle besar la imagen del Cristo, Grandet hizo un espantoso esfuerzo para cogerlo, y aquel último esfuerzo le costó la vida. El moribundo llamó á Eugenia, á quien no veía ya, á pesar de que estaba arrodillada á su lado y de que le bañaba con lágrimas sus manos frías, diciéndole:

—Padre mío, padre mío, écheme usted la bendición.

—¡Cuida bien de todo! ¡Allá arriba me darás cuenta de ello! añadió, probando con estas últi-



mas palabras que el cristianismo debe ser la religión de los avaros.

Eugenia Grandet se encontró, pues, sola en el mundo y en aquella casa, sin tener más ser que Nanón que la entendiese, que la amase desinteresadamente y que la consolase. La gran Nanón era una providencia para Eugenia, á la cual no la consideró ya como criada, sino como una humilde amiga. Después de la muerte de su padre, Eugenia supo por el notario Cruchot que poseía trescientos mil francos de renta en bienes inmuebles situados en el distrito de Saumur; seis millones en papel del Estado, al tres por ciento, que habían sido adquiridos al sesenta y que estaban á la sazón á setenta y siete; más de dos millones en oro y cien mil francos en escudos, sin contar las rentas que tenía que recibir. En total, la suma de su fortuna ascendía á diez y siete millones.

—¿Dónde estará mi primo? se preguntó Eugenia.

El día en que el notario Cruchot entregó á su cliente el inventario de la herencia, Eugenia se quedó sola con Nanón, sentadas las dos á ambos lados de la chimenea de aquella sala vacía, donde todo eran recuerdos, desde la silla en que se sentaba su madre, hasta el vaso en que había bebido su primo.

—Nanón, estamos solas.

—Sí, señorita; y si yo supiese dónde está su primo, iría á buscarle á pie.

—Desgraciadamente, hay un mar entre nosotros, dijo Eugenia.

Mientras que la pobre heredera lloraba de este

modo en compañía de su anciana criada en aquella fría y oscura casa, que encerraba para ella todo el universo, de Nantes á Orleans no se hablaba más que de los diez y siete millones de la señorita Grandet. Uno de los primeros actos de ésta fué dar mil doscientos francos de renta vitalicia á Nanón, la cual, como poseía ya seiscientos francos más, se convirtió en un excelente partido. En menos de un mes, la gran Nanón pasó del estado de doncella al de casada, bajo la protección de Antonio Cornoiller, el cual fué nombrado guarda general de las tierras de la señorita Grandet. La señora Cornoiller tuvo una inmensa ventaja sobre sus contemporáneas: aunque contaba ya cincuenta y nueve años, parecía que no tenía más que cuarenta. Sus ordinarias facciones habían resistido los ataques del tiempo, y, gracias al régimen de una vida monástica, disimulaba la vejez con sus hermosos colores y su salud de hierro. Sin duda no estuvo nunca tan hermosa como el día de su casamiento, durante el cual respiró su casa una dicha tal, que no faltó quien envidiase la suerte de Cornoiller.

—Tiene unos colores hermosos, decía un tendero.

—Es capaz de tener hijos aún, le contestó un tratante en sal. Esa moza se ha conservado como un cerdo en salmuera, con perdón sea dicho.

—¡Oh! es rica, y Cornoiller ya sabe lo que ha hecho, decía otro vecino.

Al salir de la antigua morada de los Grandet para ir á la iglesia, Nanón, á quien todo el vecindario apreciaba, recibió mil felicitaciones. Como regalo de boda, Eugenia le dió tres doce-

nas de cubiertos. Cornoiller, sorprendido ante tamaña magnificencia, hablaba de su ama con lágrimas en los ojos y se hubiera dejado matar por ella. El hecho de pasar á ser la mujer de confianza de Eugenia constituyó para la señora Cornoiller una dicha igual á la de tener marido. La pobre mujer tuvo al fin á su disposición una despensa como la que tenía su amo y la dirección de dos criadas, una cocinera y una camarera encargada de repasar la ropa de la casa y de hacer los vestidos de la señorita. Cornoiller acumuló las dobles funciones de guarda y administrador. No hay para qué decir que la camarera y la cocinera escogidas por Nanón eran verdaderas perlas. La señorita Grandet tuvo de este modo cuatro servidores cuya fidelidad no tenía límites. El avaro había establecido tan severamente los usos y costumbres de su administración, que fué continuada por el matrimonio Cornoiller, que los cortijeros apenas se apercibieron de su muerte.

A los treinta años, Eugenia no conocía aún ninguna de las felicidades de la vida. Su triste y monótona infancia había transcurrido al lado de una madre cuyo corazón, ignorado y herido en sus más elevados sentimientos, había sufrido siempre. Al dejar con alegría la existencia, aquella madre compadeció á su hija porque tenía que seguir viviendo, y le dejó en el alma ligeros remordimientos y eternos pesares. El primero, el único amor de Eugenia, era para ella causa de melancolía. Después de haber entrevisto á su amante durante algunos días, la joven le había dado su corazón entre dos besos furtivamente

aceptados y devueltos, y le había visto partir poniendo todo un mundo entre los dos. Aquel amor, maldito por su padre, casi había acarreado la muerte de su madre, y no le causaba más que dolores mezclados con esperanzas. En la vida moral, lo mismo que en la vida física, existe una aspiración y una respiración: el alma necesita absorber los sentimientos de otra alma y asimilárselos para restituirlos más ricos. Sin ese hermoso fenómeno humano, el corazón carece de vida, y por falta de aire sufre y perece. Eugenia empezaba á sufrir. Para ella, la fortuna no era un poder ni un consuelo: aquella joven sólo podía existir para el amor, para la religión y para su fe en el porvenir. El amor le explicaba la eternidad. Su corazón y el Evangelio le señalaban dos mundos para el porvenir. La huérfana se sumía noche y día en el seno de dos pensamientos infinitos, que para ella eran sin duda uno solo, y se concentraba en sí misma amando y creyéndose amada. Hacía siete años que su pasión lo había invadido todo. Sus tesoros no eran los millones cuyas rentas se iban amontonando, sino el neceser de Carlos, los dos retratos suspendidos en la cabecera de su cama, las chucheterías que le había comprado su padre y el dedal de su tía, del que se había servido su madre y que ella se ponía religiosamente todos los días para hacer un bordado, obra de Penélope, comenzado únicamente con el objeto de meter su dedo en aquel objeto de oro lleno de recuerdos. No parecía verosímil que la señorita Grandet quisiese casarse mientras durase su luto. Su sincera piedad era conocida; así es que la familia